



RAFAEL TÉLLEZ ROMERO

EXPEDIENTES TAYLOR

Los Muertos Hablan

«Ver para creer,
creer para ver.»



EXPEDIENTES TAYLOR LOS MUERTOS HABLAN

RAFAEL TÉLLEZ ROMERO

Copyright © Rafael Téllez Romero

Prólogo por María Ruiz Pau

Diseño de portada por Alexia Jorques

Todos los derechos reservados

Segunda Edición 2016

ISBN 13: 978-1539349990

ISBN: 1539349993

www.rafaeltellez.com

Dedicatoria:

A Olivia y Mariona, amigas del alma.

Agradecimientos:

A Manuela, por la generosa corrección de estilo que ha realizado sobre el presente texto.

A Julio, por su lectura y consejos.

A Noelia Rae, que no me dice nada y me lo dice todo.

Al Colectivo de Escritores Guadaltintero, por todos esos ratos de tertulia y trabajo.

A todas esas personas y asociaciones que con sus testimonios siguen honrando la memoria.

A Montenegro, desde el vivo recuerdo.

Índice

[Prólogo: Esos taylor que conozco.](#)

[1 Camponegro](#)

[2 El Cerro Fantasma](#)

[3 Spiricom](#)

[4 El Pozo](#)

[5 Callejón de la Inquisición](#)

[6 El Caballito](#)

[7 La Curva de las Mujeres](#)

[8 Varón Dandy](#)

[9 El Cascanueces](#)

[10 Enredado](#)

[11 Animales Reaccionales](#)

[12 Fogonazos](#)

[13 Corea](#)

[14 El Reverso Tenebroso](#)

[15 Pedagogo de la Humanidad](#)

[16 Loba](#)

[17 La Monja Fantasmal](#)

[18 Calle Betis](#)

[19 La Rosa y el Laberinto](#)

[20 Loba al Acecho](#)

[21 Semilla Bravía](#)

[EXPEDIENTES TAYLOR](#)

[Puente Paraíso](#)

[El Pozo del Aguaucho](#)

[La Curva de las Mujeres](#)

[Las 17 Rosas](#)

[Epílogo](#)

Prólogo: *Esos taylor que conozco.*

Yo ya sé que los muertos hablan desde hace tiempo.

No obstante leí esta novela con gusto hace un par de años, cuando salió o mejor dicho cuando fue saliendo; porque salió poco a poco, un capítulo cada semana. Entonces esperaba el día de la semana en que salía, creo que eran los domingos, y aprovechaba cuando el lunes iba en el autobús, en el 21, para leerme el capítulo correspondiente en mi móvil. Porque esta novela fue publicada en primera instancia de un modo muy *tayloriano* (como solo hacen Rafa, el doctor Taylor y unos cuantos cientos de **frikis** más), en la plataforma **wattpad, una red social para escritores**, que permite entre otras cosas que los lectores interactúen con el autor, opinando y debatiendo.

Pero a la vez, esto de que fuera **por entregas**, al modo decimonónico en el que se publicaron muchísimas novelas en la prensa de aquel siglo, esta manera tan anticuada de publicar rescatada para un soporte tan novísimo, me enganchó, porque a mí me gustan estas mezclas entre lo nuevo y lo viejo tan **descolocantes**.

Me gustó la novela, me gustó la manera en que la leía, y también me gustó que en ella **el autor se confunde con el protagonista**. No sabes si quien coge enfebrecido en su casa el portátil para escribir es el mismo que se monta en la furgoneta con su grabador de voces de ultratumba, el *spyricom*, a cazar psicofonías para su tesis doctoral, si Téllez es Taylor, si Taylor es Téllez, no sabes **quién es el heterónimo de quién**.

Lo que sí sabes es que ese que esconde su locura detrás de un apellido inglés inventado pero anodino, nos despista y a la vez nos engancha para ir desgranando esta historia en la que algunos muertos, y sobre todo **muertas**, hablan.

Hasta yo que no tengo de inglés ni los rudimentos más básicos, sé que los Taylor son los **sastres** de toda la vida, y es bien sabido por todos que los sastres cosen, ese verbo que en los últimos días está tan de moda. Los Taylor son unos maestros en coser con facilidad la distancia entre lo grave y lo desternillante, la distancia entre lo mundano y lo sublime, entre este mundo y los submundos, pasan sin despeñarse los rizos de **1940 o 1966 a 2016**, dan voz y escuchan con igual familiaridad a los vivos y a los muertos. El doctor Taylor se ha convertido en marca de la casa Téllez, es un personaje tan potente que tengo el gusto de anunciarles que lo verán en sucesivos libros.

Y ya que estamos tocando este tema, veo que muchos de los que estáis aquí estuvisteis hace no mucho en la **presentación de otra novela** de Rafa, y si tenéis solo una chispa de paciencia, ya mismo estaréis en la siguiente. Y os preguntaréis al igual que el resto de los mortales, cómo puede sacar tiempo esta criatura para tanta escritura y tanta participación en las redes, cómo puñetas es tan prolífico. Y yo estoy aquí en esta **noche de brujas para desvelaros el secreto**. Sencillamente le pasó como a Obélix, el colega carga-menhires de Astérix: se cayó en la marmita cuando era pequeño.

La marmita no sabemos si era de té *earl grey*, de zumo concentrado de espinacas o de tinto peleón, pero lo cierto es que la poción mágica fue efectiva. Su mente privilegiada debe parte de su privilegio al elevadísimo grado de acidez que ingirió con el bebedizo.

Estos Taylor si tuvieran un *ph* neutro serían inofensivos, pero a las revoluciones que va su cabeza, cuando posan en ti su mirada falsamente angelical y te **piden truco o trato**, tú te cagas de miedo, si puedes les das un caramelo de anís y les dices muy bajito: trato, trato, leo lo que sea, pero perdóname la vida.

María Ruiz Pau, autora de "Los Últimos Monos de Churchill".

<http://mialmacanina.blogspot.com/es/>

1 Camponegro

—¿Tú quieres que te enseñe un misterio *mu grande*?, *Telior* o cómo te llames. —Camponegro sonreía mientras enrollaba la manguera con la que acababa de regar los rosales de su jardín. Miraba con ojos profundos a aquel joven de melena castaña enmarañada.

—Taylor, por favor, llámeme Taylor. Señor Ángel, si tiene un misterio, dígamelo, estoy aquí para eso, ¡para investigar lo extraño!

—¡Pues esto es muy extraño *Teirlo!*, anda, vente conmigo, esto es algo *mu gordo* que pasa aquí mismo, en la calle de atrás de donde yo vivo.

Caminaron unos veinte metros y doblaron la esquina de una casa encalada, como muchas otras de aquel pueblo Andaluz. En Las Cabezas de San Juan aún pervivían algunas casas de adobe, entre un marasmo de otras más modernas, que a pesar de ello, conservaban la estética de pueblo blanco con ventanas adornadas por macetas de geranios. Ángel Camponegro se paró ante la calle que encaraban, transcurría cuesta abajo en pronunciada pendiente. Taylor lo miró, allí, con sus brazos en jarras y su guayabera blanca impecable. Aquel anciano, de casi dos metros de alto, curtido por el sol y recio por su vida de trabajo en el campo, parecía un titán, un hombre que con su mirada hacía a Taylor dudar de su búsqueda.

—Mira muchacho, este es el sitio del misterio.

—¿Qué misterio? —Taylor había agarrado su cuaderno y anotaba en el mismo con un bolígrafo verde, una manía de

las suyas: escribir todo con bolígrafo verde, era su marca, sus compañeros de la universidad se reían de ello al principio, pero poco a poco se fue ganando su respeto. Claro que eso era antes, aquellos canallas le habían dado la espalda, no estuvieron a la altura de las circunstancias y le vendieron, ninguno había sido capaz de enfrentarse a esa mafia de catedráticos y lameculos que imperaban en el departamento. «Mancha de *mamahostias*»—*pensó*—«Sólo Mariana había sido sincera, una buena amiga, aunque poco pudo hacer ante aquella corte de mediocres».

—Un misterio *mu* grande, que a mí me tiene sin sueño. — Los ojos de Camponegro se abrieron más de la cuenta, dando énfasis a sus palabras—. Ves esta calle tan *empiná*, esto es un problema *mugrande*, aquí pasa una cosa *mumala*.

—¿Qué pasa? —a Taylor empezaba a temblarle el bolígrafo entre sus crispados dedos.

—¡Que las garrapatas se nos caen de espaldas! y tengo que venir yo todos los días a darles la vuelta. —Camponegro se inclinó hacia delante palmeando sobre sus rodillas, mientras Taylor accionaba el bolígrafo verde para guardar su punta y engancharlo dentro de la espiral de alambre de la libreta.

—¿Era eso?... ¿cachondeo no?

—No muchacho, es un tema *mu* serio, dímelo a mí, que estoy todo el día cuesta *pa* arriba, garrapata *pa* abajo. — Camponegro sonreía con los ojos, mientras hacía ademán de agacharse y levantarse removiendo con sus dedos unas imaginarias garrapatas.

— Bueno, señor Ángel, si no hay nada más, me voy, se hace tarde.

—Camponegro, tú llámame Camponegro, como me llama tomundo, —Dio unas palmadas en el hombro de Taylor— y ahora vamos al sitio que tú quieres, que todavía se ve. Tu no me echas mucha cuenta, que yo siempre estoy de guasa, pero es que esta vida si no tiene guasa... ¡no hay quien la aguante! Anda, tiramos por ahí andando *pa* abajo y llegamos un momento a lo del Puente Paraíso, que tenía guasa también el nombre *pa to* lo malo que pasó.

—Mejor vamos en mi furgoneta, que se hace tarde y yo ya sigo el camino por la carretera.

—Bueno, como tú quieras.

El motor sonaba fuerte, pero más fuerte era la voz de Camponegro.

—Muchacho, ¿y a ti por qué te gustan estas cosas?

—Estoy investigando, quiero hacer un trabajo con pruebas sobre lo que pasó, hay mucho misterio alrededor de todo.

—Misterio ninguno, la mala leche de la gente, eso no tiene misterio, mataban a las criaturas como si fueran animales, en eso los jóvenes tenéis mucho que hacer todavía, ¡hay mucho *tapao*! —Camponegro daba palmadas con énfasis sobre el salpicadero polvoriento de la destartada furgoneta— Mira, ahí, es ahí mismo, para en un *laito* de la carretera y bajamos por la vereá *pa* abajo.

Bajaron de la furgoneta y descendieron por la cuneta, un caminillo bajaba hasta un regato que corría por debajo del pequeño viaducto. Taylor resbaló y estuvo a punto de caer, Camponegro le agarró del brazo en el momento adecuado.

—Aquí estaba el Puente Paraíso, ahora ya no queda nada, solo la memoria, y hasta eso nos lo quieren hacer olvidar.

—¿Y qué pasó exactamente?

—¡Muchacho!, si ya te lo conté el otro día cuando te traje a mi casa la Olga, lo apuntaste con tinta verde y hasta me grabaste, ¿es que no tienes bastante?

—Sí, Camponegro, pero me gustaría saber más detalles.

—Detalles son los que hay, nadie que viviera eso salió vivo. Yo era un chiquillo de diez años y me enteraba de lo que podía, pero vamos que eso lo sabe *tol* pueblo y los detalles, los sabrían los que mandaban a hacerlo, "los cívicos" se hacían llamar... mucha mala leche, lo que yo te diga.

Taylor sacó una cámara fotográfica electrónica y se dedicó a hacer fotos con y sin flash

—¡Muchacho!, ¡*pa* eso de las fotos vente mejor mañana!

—No te preocupes, con esta luz está bien. —Hizo algunas fotos más y se agachó entre unas piedras.

—¿Qué haces ahora?...¡Qué huevos tienes chaval!... bueno, voy subiendo *pa* arriba, que ahora sí que se hace de noche.

—Sí, vamos, ya subimos, te llevo de vuelta al pueblo.

Subieron a la furgoneta, que renqueó un poco al arrancar, sus luces surcaron los oscuros campos de labranza cuando Taylor giró haciendo una maniobra ilegal de 180°.

—Te lo agradezco muchacho, me está esperando mi mujer, ¿quieres cenar con nosotros?

—No, muchas gracias, tengo cosas que hacer, mejor quedamos otro día.

—Cuando tú quieras, muchacho, una noche de estas te vienes a cenar y luego después nos vamos a los campos y te enseño a rebuscar cochinos gordos.

—¿Cochinos gordos?

—¡Claro!, ¡gordos!, ¿es que nadie te ha enseñao nunca a rebuscar cochinos gordos?

—¿Ya estás otra vez de guasa Camponegro?

—¡Anda!, ya me estás entendiendo, al final eso de tener tantos estudios no te ha hecho tan tonto como pareces.

—¿Lo parezco, verdad?

—Sí, muchacho, pero eso os pasa a muchos, que se os olvida que tener estudios no basta, antes que nada, lo más importante es ser listo.

La furgoneta paró y el anciano bajó de un salto.

—Muchas gracias Camponegro, me has ayudado mucho.

—¡Kia muchacho!, si a mí estas cosas me gustan, los jóvenes le dais alegría a la vida, y tú sabes que aquí tienes tu casa, pero acuérdate de lo que te dije el otro día, tienes que cuidarte: "en esta vida: paso corto, vista larga y..."

—"Y mucha mala leche", no se me olvida Camponegro.

—¡Ahí está muchacho!, creo que al final hay esperanza para ti y no te vamos a tener que buscar un casamiento con una infanta.

El motor de la furgoneta petardeó y se alejó hacia las afueras del pueblo, paró un instante, Ramón bajó. —Era así como se llamaba, Ramón, Ramón Tello, aunque de un tiempo a esta parte prefería ser llamado Taylor—. Había dejado el motor en marcha y las luces de emergencia parpadeando, se encaminó de nuevo por el senderillo bajo el viaducto y regresó al instante. Montó de nuevo en el vehículo y aceleró. Siguió conduciendo un buen rato hasta tomar un desvío por una pista de tierra, tras unos cuantos kilómetros paró y metió la furgoneta entre unos eucaliptos, junto a un cortijo abandonado. Era un lugar tranquilo, uno de tantos en los que se había acostumbrado a pernoctar, no estaba la cosa como para malgastar dinero en campings.

Salió del vehículo y olió el frescor de los eucaliptos mecidos por la brisa de la noche, caía un agradable rocío. Se alejó un poco y echó una meada larga, estaba reventando desde hacía rato, pero no había querido parar antes. Volvió a la furgoneta y abrió la puerta lateral. Un catre atornillado al costado hacía las veces de sofá y de cama, apartó un sinfín de cuadernos y libros sobre ella desparramados y se sentó, acercando una mesilla de camping sobre la que tenía un ordenador portátil encendido. El cabello le molestaba para trabajar, así que agarró una felpa con los colores de la ban-

dera de Jamaica y recogió su espeso pelo rizado, retirándolo de la cara. Sacó una grabadora de su bolsillo y la conectó al cable USB que pendía del mismo, cortó el contenido y lo pegó en una carpeta del escritorio virtual "audios LMH". Cambió el nombre del archivo a "puenteparaiso_31102014".

Calentó agua en un cazo de lata en un hornillo de gas y vertió el contenido en una tetera plateada desgastada. Echó una bolsita de *earl grey*, no estaba de humor ni tenía tiempo para ponerse a preparar un té de hojas de verdad. El *earl grey* de bolsitas daba bien el apaño. Mientras preparaba el té, la aplicación de audio estaba trabajando el nuevo contenido, rastreaba toda la grabación y detectaba cambios significativos, lo que evitaba a Ramón tener que escuchar toda la grabación. Ese era el procedimiento rápido que usaba cuando recogía las evidencias, siempre estaba ahí el ansia por encontrar algo gordo, de todos modos, al día siguiente, escucharía la grabación completa. A veces las máquinas no captan los matices que el ser humano sí es capaz de captar. Vertió el té en una taza y le reconfortó el calorcito que sintió en sus manos. Se sentó de nuevo sobre el colchón frente al ordenador y comenzó a teclear, el procesador había seleccionado varios cortes de la grabación. Ramón intuía que era una buena noche: la poca agua que discurría por el arroyuelo del Puente Paraíso había hecho de onda portadora, con lo cual se preveía que hubiera buenas grabaciones. Comenzó con el primer corte, normalmente comenzaba todo con la pregunta del investigador y después se trataba de escuchar posibles respuestas de una inteligencia, pero como había estado acompañado por Camponegro, al que no quiso dar explicaciones, las palabras registradas como introducción eran las suyas, de todos modos, algo debió de funcionar ya que Ramón se sobresaltó al escuchar, entre el murmullo del agua, una voz rasposa: